
EL VALOR DE LA PRÁCTICA Y LA SITUACIÓN CONCRETA

PATRICIA KING DÁVALOS

Mi práctica profesional, como la de todos (o casi todos) los que participan en este foro, es la discusión filosófica de las ciencias que, por brevedad, podemos llamar ciencias de la vida. *En particular*, en los últimos años me he concentrado en las ciencias cognitivas. *En lo personal*, como lo expongo en el número 39 de *Ludus Vitalis*, me propongo articular la tesis de que los conceptos de práctica y de situación, elaborados sobre la base y en continuidad con el concepto de *trabajo específicamente humano* (desde Marx hasta Sartre), son conceptos que *faltan* en el debate que se desarrolla actualmente sobre los fundamentos de las ciencias cognitivas, donde prevalecen las nociones más empiristas e individualistas de conducta, acción y entorno (aunque, por parte de la corriente conocida como Cognición Situada, se ocurre a una noción más heideggeriana para elaborar una alternativa frente a la Cognición Computacional).

Sin pretender que la noción de práctica a la que aludo sea la misma que la que se utiliza en el título y en la pregunta que encabezan este foro, me parece que lo dicho sobre mi práctica profesional me coloca en una posición en la que muy bien puedo adoptar la estrategia de “el movimiento se demuestra andando”, que otros ya han seguido, para responder a la pregunta que se nos hace. En otras palabras, confío en que la reflexión filosófica sobre el significado de nuestra discusión, desde el punto de vista de la Cognición Situada y con los conceptos de práctica y situación a los que aludí, genere un valor que alumbre algo importante sobre el valor de la práctica profesional en general, de la discusión filosófica sobre las ciencias de la vida en particular y, claro, también sobre el valor de mi práctica singular. Para lograr esto, no creo de ninguna manera que sea necesario llegar a un acuerdo sobre lo que digo; bastará con que se juzgue valiosa su discusión. Tomaré, entonces, la cuestión a discutir desde que se planteó este foro.

Ludus Vitalis tomó la iniciativa de abrir una discusión sobre un tema que enuncia de una forma bastante general: “el valor de la práctica profesional”. Pero se trata de *Ludus Vitalis*, no de la SEP o del Conacyt. Por la

Ciencias Cognitivas, Universidad Autónoma de Morelos, México.
pking@att.net

naturaleza misma de la revista, estamos conscientes de que los participantes en este foro tenemos en común un tipo muy particular de práctica profesional: el de la discusión filosófica de las ciencias de la vida. Y la discusión tiene como punto de partida la exposición de cada uno de los participantes sobre cuál es “la forma en que *su* práctica profesional genera valor” (las cursivas son mías), lo que muy bien puede entenderse en un sentido más personal: “lo que yo hago”, o en uno más institucional: “lo que hace un filósofo de la medicina”, “de la biología”, “de las ciencias cognitivas”, etc. Me parece que la primera ronda de intervenciones en este foro es una muestra clara de esta diversidad de interpretaciones, todas ellas válidas... y valiosas, en términos de aclararnos colectivamente las diversas formas que adopta la participación de nuestro tipo particular de práctica profesional en el “desarrollo de la sociedad” desde los diversos puntos del planeta en los que nos encontramos. Tal es, a mi entender, lo que está puesto sobre la mesa de modo suficientemente explícito —hasta donde puede hacerse explícito en tres frases: “valor de la práctica profesional”, “forma en que su práctica genera valor”, “participación en el desarrollo de la sociedad”.

Las diversas interpretaciones no han impedido que nos entendiéramos y empezáramos a interactuar de forma básicamente cooperativa, produciendo un texto de más de cien páginas. Las categorías involucradas no son pocas, ni menores, ni poco estructuradas (“valor”, “sociedad”, “generación”, “desarrollo”, “práctica individual” y géneros, especies y subespecies de prácticas), pero no fue necesario un cúmulo de definiciones semánticas —seguramente habría sido “contraproducente”— sino sólo tres frases sencillas para que se produjeran cerca de treinta intervenciones. ¿Cómo y por qué se produce este fenómeno que, al menos en la medida en que nos hemos entendido, es un fenómeno que puede considerarse cognitivo? Incluso si se dice que es circunstancial, se estaría reconociendo que la situación es relevante; y una vez reconocido esto, resulta inevitable cuestionar nuestra relación con *la situación*: ¿meramente externa, de causa y efecto, como un simple entorno o *input*, siempre presente pero nunca *constituyente*?

Desde luego, no deja de tener sus problemas una discusión que se desarrolla en tantos planos o niveles distintos. En cierta forma, ya estamos habituados a ello, porque una de las características que se hace especialmente aguda en las ciencias de la vida es la de tener que desplazarse constantemente hacia arriba y hacia abajo entre los distintos niveles de su complejidad. Sólo que estamos habituados a hacerlo sobre la base de un problema más o menos definido que reclama una solución: si no tenemos ubicado el problema, recorreremos los distintos niveles buscando dónde se ubica, y una vez ubicado, volvemos a recorrerlos buscando cómo resolverlo. En el caso de este foro, ¿cuál es el problema con el valor de la práctica

profesional? Muy bien podemos decir: “de que lo hay, lo hay”; basta con ver la cantidad y diversidad de intervenciones que suscitó la pregunta en una primera ronda. Lo que no parece estar suficientemente claro es dónde se ubica el problema ni, por consiguiente, cómo plantearlo concretamente.

Un indicio, aunque engañoso, puede estar en el hecho de que el cuestionamiento sobre el valor de la práctica profesional haya surgido y tenido tanto eco en nuestro ámbito, en la práctica profesional de la discusión filosófica. Esto no necesariamente implica que sea un problema privativo de nuestra práctica, pero sí que esta práctica resulta, por lo menos, particularmente sensible o reactiva frente a ese problema. Por una parte, está el antecedente de la intentona por reformar la educación media superior sacrificando la formación filosófica en aras, según se dice, de ampliar la formación científica y tecnológica. Por otra parte, parece que sólo los filósofos, y no sin dificultades, pueden decir cuál es el valor de la práctica filosófica, mientras que para cualquiera resulta inmediato decir cuál es el valor de las prácticas médica o educativa. Pero como digo, ambas cosas resultan “engañosas”: toman un aspecto efectivo de la situación, pero no la situación efectiva. La clave para poner al descubierto el engaño está, a mi parecer, en la razón que lleva a *Ludus Vitalis* a precisar su segunda frase, “cómo genera valor”, mediante la tercera, “es decir, cómo participa en el desarrollo de la sociedad”. Si la estoy entendiendo bien, aquí es donde se esconde el diablo. Me explico.

Consideremos el caso del médico (o del profesor) con más detenimiento. Ciertamente, su práctica está bien definida en torno a un valor reconocido: la salud. La práctica profesional del médico es, pues, la actividad orientada a generar salud, a transformar una situación en la que lo que falta es salud, o en que la salud está amenazada, en una situación “mejor”. ¿Es verdad? Pues sí, lo es, pero sólo tomando de manera abstracta la práctica médica en su nivel general. Es un valor que muy bien puede reconocerse de dientes para fuera. Si se produce, por ejemplo, una crisis financiera y se sacrifica el presupuesto destinado a la salud pública para salvar a las grandes corporaciones, los médicos públicos tienen razón en salir a las calles y denunciar que está en cuestión el valor de la práctica médica, “es decir, cómo participa en el desarrollo de la sociedad”. La sociedad se seguirá desarrollando, pero con menos salud, en particular en los sectores que dependen del “sector salud”. El valor de la salud ha sido degradado, su participación en el desarrollo de la sociedad ha sido “recordado”, sacrificado en aras de otros valores. En esta situación, la práctica de la medicina pública será, sin duda, la más sensible, y alimentará la práctica de la protesta en las calles.

Doy por sentado que la práctica profesional de la discusión filosófica tiene sus propias características. Ninguna intentona de reforma educativa puede sacrificarla en aras del desarrollo científico y tecnológico; sería

autocontradictorio. La discusión filosófica no sólo es admitida, sino promovida (en las ciencias cognitivas, por ejemplo), porque el considerar nuevas posibilidades es una fuerza productiva, aunque "intangibile", para la innovación. Sólo puede tener sentido sacrificar la discusión filosófica cuando es en aras de otra filosofía que postule sin discusión, como dogmas, los principios de organización social que rigen las prácticas científicas y tecnológicas actualmente dominantes. La discusión filosófica que se sacrifica es aquella que abre nuevas posibilidades de organización social y, con ello, exhibe la arbitrariedad y el dogmatismo de la organización existente, contribuyendo a desestabilizarla. Está claro que esta discusión se ubica primordialmente en el ámbito de la filosofía de las ciencias de la vida; no es que sea muy intensa ahí, ni mucho menos, pero es ahí donde late. Y hablar de práctica y de situación concreta puede resultar tan sospechoso como mencionar a Marx y a Sartre. No obstante, cuando se produce una crisis como la actual, en todas las prácticas públicas, profesionales o no, se reconoce el valor de abrir nuevas posibilidades de organización social. Lo que está en juego, en efecto, es la participación de todas esas prácticas en el desarrollo social. No si habrá o no desarrollo, sino cuál de los desarrollos posibles se hará realidad. No se resolverá con una ni con diez primaveras, pero en mi opinión es ése el valor que está en juego.

14 de enero de 2014.